

Los Reveses del Cristianismo Anglosajón a través del Relato Providencial. Aproximación a la Historia Eclesiástica de Beda el Venerable (597-640)

Por Bettine Baader Bade*

1. Introducción

El presente estudio se centra en el pensamiento histórico y en el discurso historiográfico de la *Historia Eclesiástica* de Beda el Venerable (672 -†735),^[1] con el fin de conocer cómo el autor concibió los sucesos ocurridos en torno a la asimilación de la fe por parte de los reinos anglosajones de Kent y Northumbria (597-640). Asimismo, se busca demostrar que el discurso de Beda se sostuvo en una asimilación consciente del quehacer histórico medieval, que se tradujo en la necesidad de instruir a sus contemporáneos a través de un relato providencial dentro del cual acontecen una serie de imprevistos, tales como la apostasía, y cuya mención tuvo absoluta coherencia con la percepción medieval respecto a la voluntad de elección otorgada por Dios. En este caso, los reyes y misioneros anglosajones representan un conjunto de buenas y malas decisiones que deben ser superadas a favor de concretar la consolidación del Cristianismo en Inglaterra.

Según se desprende del relato de la obra en cuestión, la llegada de San Agustín de Canterbury (†604) a Kent el año 597 fue el punto de partida del proceso de evangelización de los anglosajones, sin embargo, los sucesos que describe su autor en relación a los primeros diez años que siguieron al bautismo del rey Etelberto (590-†616), no hacen alusión explícita a un avance continuo de

la fe católica, sino más bien a un proceso experimental que estuvo sujeto a una serie de imprevistos, de los cuales no solo el misionero, sino también el rey y sus más fieles consejeros formaron parte.

Son estos contratiempos en los cuales hemos decidido enfocar nuestro análisis en la medida que permiten advertir, más allá de la superficie temática, una conciencia histórica que estuvo orientada a enseñar a sus contemporáneos la complejidad de aquellos seres humanos que vivieron en una sociedad pagana encaminada a la asimilación de una nueva fe. Para ello, el presente trabajo busca profundizar en algunas características historiográficas esenciales de la *Historia Eclesiástica*, a través de las cuales sea posible comprender el discurso de Beda en relación a lo ocurrido en los reinos de Kent y Northumbria entre los años 597 y 640.[2]

De acuerdo a esto último suponemos que, si bien el autor no realizó un análisis exhaustivo respecto a la conversión de los primeros reyes anglosajones, las características historiográficas de su obra son las que permitirían constatar un relato instructivo sobre misioneros y reyes con cualidades propiamente humanas insertas en un plan providencial, dentro del cual la voluntad de elección tuvo cabida fundamental. De acuerdo a ello, las adversidades, dentro de las cuales es posible encontrarnos con la apostasía, podrían explicarse como resultado de aquellas decisiones que estuvieron guiadas por la inseguridad e inexperiencia respecto a la fe católica, así como la superación de aquellas circunstancias podría corresponder a la iniciativa y habilidad en su propagación.

Para el presente estudio ha sido esencial conocer el debate historiográfico que ha surgido en los últimos años en torno a la *HE*, y que ha tendido a reconsiderar el rol de Beda como historiador. Como no ha sido posible encontrar en su obra un escenario que abarque la realidad política de la época, muchos han tendido a considerar su *Historia* como reflejo de un pensamiento

atemporal. Esto será refutado en una primera parte con el fin de constatar lo que fue una presencia activa y no ajena a su presente, a través del compromiso que existió entre Beda y la audiencia para la cual escribía, compromiso que por lo demás estuvo inserto en un ambiente de absoluta recreación intelectual propia del ambiente monástico medieval.[3]

Se considera que en dicho prejuicio no solo se niega la conciencia histórica del autor, sino también las características historiográficas de la obra que permitirían explicar por qué el relato no apunta a los sucesos políticos propiamente tal. De acuerdo a ello, en una segunda parte nos interesa profundizar en la influencia que tuvo el providencialismo para la historiografía medieval, considerando la esencia del pensamiento agustiniano y el sentido otorgado a éste por Paulo Orosio (383-+420) como aquellos cimientos del pensamiento histórico de Beda que dieron pie a su obra.

Para ver de qué modo el relato providencial e instructivo adquirió sentido en su *Historia*, se ha dedicado una última parte al estudio de los fragmentos que abarcan los sucesos ocurridos en Kent y Northumbria. Es esencial advertir que nuestra profundización en el relato surge de nuestro objetivo por conocer cómo el pensamiento histórico cristiano de Beda se manifestó a lo largo de su discurso, en la medida que nos permita aproximarnos a la forma en la cual se concebía el actuar del ser humano dentro de un devenir histórico que dirigía su curso hacia la Salvación.

Por lo tanto, es esencial ver cómo desde la obra surge un historiador que estuvo consciente de que, tanto las virtudes como los defectos de sus protagonistas debían jugar un rol fundamental a favor de la consolidación del Cristianismo en Inglaterra.

2. *Instructionem Posteritatis*: Aproximación al discurso histórico de Beda

Siendo considerada uno de los pocos, sino el único, testimonio que permite conocer los sucesos históricos ocurridos en la Inglaterra durante el siglo VII, y tal vez por lo mismo, la *HE* ha sido habitualmente asaltada con preguntas que buscan conocer más allá de lo que la obra misma puede ofrecer. En su búsqueda por conocer cuáles fueron las razones por las cuales los reyes de la heptarquía anglosajona manejaron la fe cristiana del modo en que lo hicieron, Ian Wood analiza varios factores, tales como la atracción ejercida por la *Romanitas* y la primacía de las alianzas matrimoniales,[4] entre otros, que pudieron haber llevado a los reyes anglosajones a aceptar el sacramento bautismal. Su argumento se construye así en desmedro del esfuerzo que hace por Beda por demostrar lo que fue una conversión consciente. Por su parte, David Kirby ha dado a conocer un cuadro completo de la complejidad de los eventos políticos de los anglosajones interesándose por la forma en la que los distintos reinos se lograron consolidar como potencias dominantes frente a sus vecinos. Para comprender el proceso de cristianización el autor imagina que las decisiones tomadas por los reyes *no fueron solo en respuesta a la presión papal, sino también en respuesta a las consideraciones de la realpolitik*.^[5]

Dicha teoría se ha transformado en una herramienta de análisis que ha obligado a rechazar varias afirmaciones de Beda respecto, por ejemplo, a los años que él propone para la llegada de Agustín y la aceptación de fe por parte de los reyes anglosajones. Sin duda, ambos son estudios que tienen una orientación fundamentalmente política y que pueden considerarse igualmente aproximaciones novedosas a la historia del siglo VII. El problema, no obstante, radica en las dificultades metodológicas que han arrastrado consigo la validez de la *HE*, al mismo tiempo que han contribuido al prejuicio que, según Patrick Wormald,^[6] ha puesto en duda el rol de Beda como historiador.

Si asumimos que una historia eclesiástica es incapaz de otorgar los datos necesarios para conocer el período histórico en su totalidad,[7] lo cual es entendible para todo tipo de fuente, y que por lo mismo, todos los sucesos político-administrativos que relata están sujetos al proceso de conversión, sin duda habrá quienes consideren que la *HE* no es un testimonio que permita conocer el período anglosajón en su integridad. Viéndose ausente de un análisis causal de los hechos y por consiguiente, considerando que Beda *no fue un observador perspicaz*,[8] la obra en cuestión carece de valor.

Wormald ha señalado que los monasterios de Wearmouth y Jarrow jugaron un papel fundamental en el desarrollo de la *HE*, la cual no es sino un reflejo de una *visión de gracia eterna y poder* que surgió de un pensamiento idealista al cual difícilmente puede reconocérsele un contexto histórico propiamente tal.[9]

Por su parte, David Kirby ha supuesto que el encierro en el monasterio redujo su capacidad de observación de la realidad, de modo tal que *la serenidad con la cual Beda dibuja a las personalidades eclesiásticas del período de la conversión son un reflejo de la paz y caridad del mismo Beda y de la tranquilidad atemporal de su propia vida. De este modo, el pasado sobre el cual escribe está proyectado a partir de su experiencia monacal (...) Beda idealiza el pasado y devalúa su presente*. [10] El historiador se dirige así al contexto monacal de Beda para encontrar allí la respuesta al relato apacible, de modo tal que, el encierro, los libros y la regla benedictina, se imponen como los principales causantes de su narración.

Solo en la medida que pasemos de la búsqueda del *qué*, al *para quién* relató el monje, podremos disolver este prejuicio. Al respecto es que consideramos pertinente dirigir nuestra atención al prólogo de la *HE*, el cual fue dirigido al rey Ceowulfo de Northumbria (729-†760):

Y verdad es que agradezco como corresponde el sincero interés con el que no sólo escuchas atentamente las palabras de la Sagrada Escritura, sino que también te preocupas constantemente por los hechos y dichos de los antepasados, y en especial por los de los hombres ilustres de nuestro pueblo. Pues, si la historia cuenta cosas buenas de los buenos, el oyente solícito se ve instigado a hacer el bien y, si recuerda maldades de los malos, no por ello el oyente y piadoso lector, evitando lo que es dañino y perverso, deja de encenderse con más fuerza en el deseo de hacer lo que ha aprendido que es bueno y digno de Dios.[11]

Estas palabras hacen directa alusión a lo que George Hardin ha identificado como “la utilidad moral de la *Historia*”, [12] cuyo relato debía servir a que el lector no fuese ajeno a los malos actos del ser humano, sino que adquiriese conciencia frente a ellos, de modo tal que fortaleciera sus virtudes. El tono didáctico del discurso nos permite evidenciar también una adquisición de autoridad por parte de Beda sobre el rey, [13] o bien, una muestra no menos relevante del individualismo por medio del cual el historiador medieval apreció y defendió el carácter moral de su propia obra. En seguida decía:

Dándote cuenta de eso con tu clarividencia, deseas que la citada Historia llegue al mismo tiempo, y con mayor difusión, a tu conocimiento y al de aquellos al frente de los cuales te ha colocado la autoridad divina para que los gobernaras en razón de tu preocupación por el bien común.[14]

Del párrafo anterior podría inferirse el ímpetu de Beda por considerar su trabajo como un vínculo entre el rey y sus súbditos en la medida que el primero reconociera el avance progresivo de sus antepasados como un ejemplo a seguir e inculcar para el bien común. Del valor moral y cultural que Beda buscaba otorgar a su obra, se desprendía lo esencial:

Ruego humildemente al lector que, si en lo que he escrito encuentra algo distinto de la verdad establecida, no nos lo impute a nosotros, que, según es la verdadera ley de la historia, simplemente hemos procurado poner por escrito para instrucción de la posteridad lo que hemos recopilado de cuanto la fama cuenta.[15]

La historia eclesiástica había sido escrita para la *instructionem posteritatis*, para contribuir al conocimiento y enseñanza del pueblo inglés. Como explican Orcástegui y Sarasa, el hecho de que durante la Edad Media no existiera la disciplina histórica como se practica el día de hoy, ello no significó que no hubiese conciencia respecto al aporte que tenía la historia para la posteridad.[16] De este modo, aquellos que escribieron con motivo de instruir a las generaciones futuras estuvieron insertos de lleno en la labor historiográfica, indiferente a que no hayan sido reconocidos como historiadores propiamente tal.[17]

Beda también hizo referencia explícita a lo que para él era una ley de la historia, cuando señalaba que era válido escribir lo que la fama contase para instruir a la posteridad.[18] Deborah Mauskopf considera que, por una parte, hay quienes sostienen que por *vera lex* el historiador anglosajón estaba pensando en que existían reglas determinadas para escribir historia, y que consistían en chequear las fuentes y reportar hechos exactos. Por otro lado, hay quienes, como Roger Ray, suponen que aquel jamás buscó referirse a que existía una sola ley que involucraba reglas determinadas, sino más bien a que *una de las cuantas leyes del quehacer histórico, permitía el uso de evidencia que había sido oída si se pensaba que eso era verdad.*[19] Para complementar esto último es necesario que veamos cómo en el siguiente párrafo del prefacio se comprueba el compromiso de Beda con la posteridad:

Mas, para evitarte a ti y a los demás oyentes o lectores de esta Historia motivos de duda, me ocuparé de aclarar brevemente de qué autores principales he tomado lo que aquí digo.[20]

A continuación enumeró sus distintas fuentes aludiendo a los «documentos escritos», a la «tradición de los mayores», a lo que era «digno de memoria», a las «noticias parciales», a los «escritos y tradición de los antiguos», al «testimonio de viva voz», etc. El autor no estuvo consciente solo de mencionar las autoridades a las que recurrió, sino de enfatizar qué tipo de evidencia, si escrita u oral, utilizó para cada período histórico,[21] lo cual nos permite constatar que la verdadera ley de la historia no era sino una característica indiferenciada del criterio selectivo del historiador, en la medida que su juicio era el que definía la verosimilitud del documento, indiferente éstos hayan sido escuchados o leídos.

Del prefacio se vislumbra un factor esencial que el prejuicio de autores como Kirby y Wormald no han logrado valorar, esto es, la actividad intelectual de la época. Al respecto es necesario reparar en el hecho de que, el monacato medieval era el único proveedor no solo de la tradición patristica, sino también clásica y literaria, lo cual había contribuido a reforzar su imagen.[22] Surgida de un entorno en el cual el desenvolvimiento social del monacato de Inglaterra adquiriría su auge,[23] la *HE* no puede menos que ser un testimonio representativo del interés que existía por expresar, sea a través de la enseñanza y/o a través de la escritura, todo tipo de conocimiento.[24] Por tanto, lejos de estar absorto en su burbuja, el autor constituyó un ejemplo del rol del monje para la sociedad y cultura de la época. Más allá de escribir para sí mismo, escribió teniendo en gran consideración los principios educativos y morales de la historia que, como se ha visto, dejó expresado en su prefacio.

La labor de Beda como historiador está corroborada por sus propias palabras, las cuales son testimonio de una conciencia histórica que buscaba enseñar, no exponer un panorama triunfal de su pasado, sino complejo, más complejo en la medida que los protagonistas de su relato no actuaban a partir de un modelo ideal, sino en base a un modelo providencial dentro del cual la confusión del ser humano jugó un rol esencial.

3. El legado de Orosio y San Agustín para la *HE*

Que cada *Historia* durante la Edad Media fuese el resultado de una actividad intelectual original, no significa que cada cual no haya contado con antecedentes y modelos historiográficos previos, los cuales cada autor adaptó e integró según sus propios objetivos y criterio. Ello es lo que finalmente permite concebir al quehacer historiográfico medieval como un proceso intelectual que estuvo determinado por movimientos intelectuales, renacimientos culturales y construcciones políticas sólidas que dieron origen a idearios y mentalidades propios de cada lugar y cada época.[25]

Para el caso que nos ocupa es necesario detenernos en una de las principales características, no solo del quehacer intelectual, sino del pensamiento cristiano medieval propiamente tal, el providencialismo. Para el cristianismo primitivo el término hacía alusión a *Cristo cómo un poder providente que actúa dentro del mundo, aunque asegura la preservación de la libertad y responsabilidad humana dentro de la acción providente de Dios*. [26] Asimismo, era esencial que la verdadera fe en la providencia divina no interfiriera en los niveles de la actividad de los seres humanos, [27] que es lo se va hacer presente en la obra más importante de San Agustín (354-+430).

Lo esencial que conviene destacar de la *Ciudad de Dios* (412-426) es que en ella su autor buscó demostrar una *síntesis de la historia humana y divina en la que*

nuestro linaje, dividido en dos ejércitos, se combate a sí mismo bajo la mirada de Dios.[28] Cabe mencionar que la división de ambas ciudades no era creada por Aquel, sino que era consecuencia de un don que Éste había otorgado al hombre, la libertad:[29]

De las cualidades con que crió Dios al hombre, y en la desventura que cayó por el albedrío de su voluntad Dios crió al hombre recto, como verdadero autor de las naturalezas, y no de los vicios; pero como éste se depravó en su propia voluntad, y por ello fue justamente condenado, engendró asimismo hijos malvados y condenados.[30]

Hemos elegido esta cita porque, más allá de la connotación pecadora que Agustín otorgó al ser humano, es posible ver su convicción en lo tocante a la voluntad humana y su orientación entre el Bien y el Mal, lo cual hacía al hombre el único responsable sobre sus actos. A ello se viene a sumar lo señalado por Bernardino Bravo, en lo referente a que la revelación y la razón actuaban en conjunto, de modo que *la fe no podía menos que buscar al intelecto, y a la inversa, la propia razón buscaba a la revelación puesto que se topaba con cosas que ella misma no puede explicarse.*[31]

Para adentrarnos a ver cómo el providencialismo adquirió sentido en la actividad historiográfica medieval, debemos recurrir a la influencia que tuvo para los autores de la Alta Edad Media el pensamiento agustiniano a través de Paulo Orosio (383-†420),[32] quien fue uno de los modelos historiográficos de la HE.[33] La *Historiae adversus paganos*(417) se ha considerado que surgió de un acuerdo entre el discípulo y su maestro, San Agustín, según el cual Paulo debía escribir una historia o un resumen de la historia de Roma con el fin de complementar, a través de detalles y ejemplos históricos, la *Ciudad de Dios*. [34]

Ambos escritos, de carácter apologético, estaban dirigidos a *refutar las acusaciones de los paganos que atribuían a la catástrofe al abandono de los antiguos dioses para seguir al Dios único de los cristianos.*[35] Si bien el sitio de Roma por Alarico el año 410 había servido a los paganos para justificar su prejuicio, los escritores cristianos consideraban que ese hecho no tenía parangón con otros sucesos del pasado. De este modo, y siendo fiel a San Agustín, la obra de Orosio es considerada por Merrillis como un catálogo de la miseria humana que comprende desde la Creación hasta el siglo V, al mismo tiempo que enfatiza en lo superficial que era el sufrimiento actual en comparación con las catástrofes del pasado protagonizadas por los imperios de Babilonia, Asiria, Egipto, Macedonia y Cartago.[36]

Sucede, sin embargo, que lo que Agustín planteó como una propuesta moral y espiritual del hombre, adquirió con Orosio un sentido más bien histórico que legaría a la Alta Edad Media una imagen un tanto ambigua respecto al sentido originario de las dos ciudades.[37] Lo que hizo este último fue traer el espíritu cristiano a lo terrenal e intentar demostrar de qué modo el Cristianismo era parte de la Historia de Roma, así como también, y desde una perspectiva más positiva respecto a Agustín, de qué manera el progreso de la humanidad dependía de la compañía de Dios y de la Iglesia. Según aquel, *es indudablemente claro para la comprensión de todos, de su fe e investigación, que nuestro Señor Jesucristo trajo a esta ciudad a la cúspide del poder, prosperidad y protección por Su Voluntad.*[38]

El triunfo de Roma había sido posible solo gracias a Dios, de acuerdo a lo cual, el plan divino que según San Agustín era algo incognoscible, ahora se hacía visible en lo terrenal,[39] sin embargo ello no significa que todos los autores influenciados por el agustinismo histórico hayan buscado develar los detalles del plan divino.

En el presente trabajo consideramos que lo que el historiador medieval hacía no era descubrir ni analizar detalladamente el plan de Dios, sino reconocer que efectivamente, desde la experiencia de los judíos, debía existir un pueblo elegido llamado a cumplir un rol a favor y en compañía de la Iglesia, la cual pasaba a ser considerada como la parte visible de la Ciudad Divina. Por lo demás, como señala Orcástegui, considerando que cada acontecimiento era un hecho aislado cuya causa era particular, era inútil explicarlo de otra manera que no fuese por la *arbitrariedad de la voluntad humana o divina*,^[40] lo cual era motivo suficiente para no seguir indagando.

De acuerdo a lo anterior, tanto la esencia del pensamiento agustiniano respecto a la voluntad humana, como el aporte de Orosio al quehacer histórico, adquirió sentido en la *HE*, en la medida que el pueblo elegido, los anglos, estaban insertos en un plan divino orientado a cumplir un rol –misionero y rey– a favor de la cristianización de Inglaterra, y dentro del cual tuvieron la voluntad de elegir, y por ende, la opción de equivocarse.

Esto es lo que adquiere sentido en los capítulos referidos a los dos primeros reinos anglosajones que aceptaron la fe, en la medida que la inexperiencia, la inseguridad y los errores, tales como la apostasía,^[41] formaron parte de un relato en el cual el providencialismo histórico se convirtió en el hilo central. Como señala Hardin, es un discurso que abarca, tanto los progresos, como los contratiempos de la Iglesia anglosajona.^[42]

4. Reinos Anglosajones y Providencialismo: entre la adversidad y el progreso

Para estudiar el relato de Beda respecto al lento proceso vivido en los reinos de Kent y Northumbria será primordial que, junto a lo que se ha venido señalando en los últimos capítulos, respecto a la conciencia que tuvo el autor

sobre el sentido educativo de su obra a través de un relato de buenas y malas acciones, insertas por lo demás en un plan providencial, debemos agregar dos características historiográficas que se desprenden del agustinismo histórico.

Una consiste en la relación existente entre el poder temporal y el poder espiritual, de acuerdo a lo cual, lo secular adquiriría un sentido esencial junto a la labor de los misioneros anglosajones.[43] El otro rasgo hace referencia al recurso de lo divino, cuya utilización se hizo presente, ya fuese para resaltar a aquellos que ya tienen fe, como fue el caso de misioneros y reyes que realizaron milagros,[44] o bien, como es en nuestro caso, cuando la ausencia de ella lo justificó, que es lo que sucedió durante los primeros años desde la llegada de San Agustín de Canterbury.[45]

4.1. Reino de Kent

Luego de prometer al rey Etelberto de Kent eternos goces en el cielo y un futuro reino sin fin al lado del Dios vivo y verdadero, a cambio de que éste aceptara el mensaje de Cristo que traía desde Roma,[46] el enviado del Papa Gregorio (540-604), Agustín, esperaba a que el rey le respondiera: *desde luego, son hermosas las palabras y promesas que nos traéis; pero, dado que son nuevas e inciertas, no puedo darles mi conformidad abandonando todo lo que por tanto tiempo he observado junto con todo el pueblo de los anglos.*[47]

El respeto por la tradición y por los dioses antiguos no impedía que el misionero obtuviese permiso del rey para ir a enseñar la fe de Cristo al pueblo de Kent.[48] Este es un ejemplo fundamental de la correlación entre el poder secular y el poder espiritual, en la medida que ambos colaboraron con el progreso del Cristianismo en Inglaterra, lo cual en seguida vino a significar un primer triunfo, el bautismo del rey el año 597. Tras haber instruido al pueblo con su estilo de vida primitivo, Agustín procedió a contar los milagros de los

santos de su iglesia, lo cual, según Beda, vino a ser lo que finalmente terminó por hacer consciente al rey sobre el significado de la verdadera fe.

Mientras el misionero llevaba a cabo una imitación de la doctrina y la vida de la Iglesia primitiva –*dedicándose a continuas vigiliias y ayunos, predicando la palabra de la vida a quienes podían, a despreciar las cosas de este mundo como ajenas....*-,^[49] el empleo que, según Beda, hizo el rey del Cristianismo estuvo orientado a la legislación: *puso leyes para los juicios según el ejemplo de los romanos con el consejo de hombres sabios, leyes que, escritas en la lengua de los anglos, su pueblo mantiene y observa hasta la actualidad.*^[50]

Como puede verse, la compenetración entre el poder secular y espiritual adquirió sentido en el relato, tanto para demostrar que el rey aceptó la fe luego de haber escuchado al misionero, como para reconocer a la Iglesia Romana como un pilar esencial y vigente en la administración del reino anglosajón. A todo ello debe sumarse la decisión que tomó el gobernante luego de haber recibido el bautismo, y que, de acuerdo al relato de Beda, fue un proceder prudente y reflexivo:

Y se cuenta que el rey se congratulaba de esa fe y de esas conversaciones de manera que, aunque no obligaba a nadie a aceptar el cristianismo, no por ello deja de acoger a los creyentes con un afecto especial, como conciudadanos suyos en el reino celestial.^[51]

El temperamento apacible que el rey mostró tener el día de la llegada del misionero frente a la predicación de lo que para él y su pueblo era algo completamente novedoso, no se vio alterado tras el recibimiento de la fe. Beda en ninguna ocasión hizo mención de que aquel haya mostrado iniciativa respecto al valor del Cristianismo para la unificación del pueblo de Kent, lo cual no debe considerarse como una equivocación propiamente tal.

Recordemos que uno de los principios de la evangelización de Gregorio suponía, y así lo mencionó el autor, que el servicio a Cristo debía ser voluntario y no fruto de la coacción,^[52] lo cual no era sino un rasgo esencial del pensamiento agustiniano respecto a la responsabilidad absoluta que las personas adquirirían sobre sus acciones. De acuerdo a ello, la consolidación de la fe en Kent pasaba a depender únicamente de las elecciones de sus habitantes, las cuales debían ser inducidas hacia el buen camino por acción del rey y Agustín. Sin embargo, lo que en un principio podría haber sido un evento positivo a favor del Cristianismo en Inglaterra, se tradujo en un imprevisto y total fracaso que Beda relató de la siguiente manera:

Pero tras la muerte de Etelberto, una vez que su hijo Eabaldo tomó el timón del reino, causó gran daño a los brotes todavía tiernos que allí tenía la Iglesia. En efecto, no sólo se había negado a recibir la fe de Cristo, sino que se mancilló con tal fornicación como ni siquiera el Apóstol atestigua haber oído entre los gentiles, hasta el punto de que tenía a la mujer de su padre. Con uno y otro crimen dio ocasión a que volvieran al vómito precedente los que bajo el reinado de su padre habían aceptado las leyes de la fe y de la castidad por favor o por temor al rey.^[53]

Un factor esencial consiste en el hecho de que Eabaldo (616- †640) no traicionó, ni abjuró, sino que jamás decidió aceptarla fe, lo cual es comprensible si la elección dependía de la voluntad y no de la coacción. Asimismo, el rechazo hacia la conversión adquirió de inmediato en Beda una connotación negativa, en la medida que la voluntad solo podía dirigirse en dos caminos, totalmente opuestos entre sí. De acuerdo a ello, es interesante ver cómo en este caso no hubo un punto intermedio que pudo haber hecho alusión a la inexperiencia y desconfianza en la nueva fe, lo cual se evidenciará para el caso de Northumbria.

Sin embargo, el pecado cometido por Eabaldo tuvo relación más que nada con las consecuencias de su elección, puesto que llevaron al pueblo a la apostasía, la cual no fue consecuencia únicamente de su rechazo hacia el bautismo, sino también de un segundo error que ya había sido considerado por Gregorio como un pecado:

Ahora bien, unirse a la propia madrastra es un grave pecado, porque también está escrito en la Ley: No descubrirás la desnudez de tu padre. Y un hijo no puede descubrir la desnudez de su padre, sino que, porque está escrito: Serán dos en una sola carne, el que se atreva a descubrir la desnudez de su madrastra, que fue una sola carne con su padre, sin duda ha descubierto la desnudez de su padre.[54]

Las faltas de Eabaldo que indujeron a la apostasía de Kent son un ejemplo fundamental de lo que Beda señalaba en su prefacio respecto a los buenos y los malos actos frente a los cuales el cristiano debía tomar conciencia. En este caso, el rechazo de la fe constituía un retroceso de la labor de San Agustín, al mismo tiempo que la relación que el nuevo rey tenía con su madrastra resultó ser una falta gravísima frente a la enseñanza moral de los libros 18 y 20 del Levítico.[55]

Las circunstancias a las cuales el Cristianismo hacía frente eran bastante críticas, puesto que, a la apostasía del pueblo de Kent y a la resignación del rey Eabaldo por ser bautizado, se vino a sumar la ausencia, o bien, el abandono de la labor misional en Essex por parte de los misioneros Justus (627-†631) y Mellitus -consagrado el año 604 por San Agustín-, y a quienes supuestamente seguiría Lorenzo (†619) de Kent. La rendición de este misionero frente a la irrupción del paganismo adquirió en el relato de Beda una connotación de

debilidad que nos permite suponer que, no solo los reyes, sino también los enviados de la Iglesia podían equivocarse.

Frente a esta situación en la cual ninguno de los dos poderes hacía nada en favor del progreso del Cristianismo, surgió al historiador la necesidad de recurrir a un hecho milagroso, el cual quedó manifestado de la siguiente manera:

Ahora bien, cuando también Lorenzo iba a seguir a Melito y a Justo y a abandonar Britania, ordenó que aquella misma noche, en la iglesia de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo de la que ya hemos hablado varias veces, le prepararan un lecho. Una vez que en él, tras proferir muchas oraciones y derramar muchas lágrimas dirigidas a Dios por la situación de la iglesia, tendió sus miembros y se durmió, se le apareció el bienaventurado Príncipe de los Apóstoles y durante gran parte del retiro de la noche, flagelándolo de la manera más severa, le preguntaba con apostólico rigor por qué abandonaba el rebaño que él mismo le había confiado y a qué pastor dejaba al huir las ovejas de Cristo, que estaban en medio de los lobos.[56]

Como puede verse, no había acción que justificara el abandono de la labor evangelizadora, de modo tal que cualquier intento por desistir fuese considerado como un error que debía ser corregido. El procedimiento que utilizó Beda es la *incubatio*, el cual correspondía a un sueño vivido durante la noche en un santuario, y durante el cual la persona era amonestada por un mensajero de Dios.[57] Era un episodio sobrenatural al cual el género hagiográfico recurrió de manera constante por su eficacia para terminar con la desviación maligna, en este caso, el abandono del rol misional.[58]

Considerando que Beda escribía una historia y no una hagiografía, debemos agregar que la intervención sobrenatural del Apóstol en la decisión de

Lorenzo fue un recurso historiográfico al cual, como se dijo, se recurrió, no tanto para demostrar la experiencia divina, sino más bien para demostrar cómo Dios debía intervenir en los sucesos históricos más difíciles de la Iglesia con el fin de orientar al pueblo elegido por el buen camino.[59] Por otra parte, la connotación de la *incubatio* como un recurso que puede aplicarse perfectamente al género histórico medieval se traduce en el hecho de que Beda buscaba, no solo corregir la labor del misionero, sino también la del rey:

Animado a un tiempo por estos azotes y exhortaciones de san Pedro, el siervo de Cristo Lorenzo, al punto de la mañana, se presentó ante el rey y, abriéndose el vestido, le mostró todas las heridas de sus azotes. Él se asombró mucho, y al preguntarle quién había osado infligir tales llagas a un hombre tan grande, cuando oyó que el obispo había sufrido de mano de un apóstol de Cristo tantos tormentos y heridas por su propia salvación, se atemorizó mucho y, condenando todo culto idolátrico y dejando su matrimonio ilegítimo aceptó la fe de Cristo y, una vez bautizado procuró, en cuanto pudo, cuidar y favorecer en todas las cosas los intereses de la iglesia.[60]

De acuerdo a lo anterior, tanto el rey como el obispo se hallaban nuevamente insertos en el camino hacia la concreción del Cristianismo en Inglaterra. A diferencia de su padre, para quien Beda consideró suficiente la instrucción de San Agustín, Eabaldo requería del designio divino para creer en Dios y aceptar el bautismo. Inmediatamente después de haber recibido la fe, y tal cual Gregorio había enseñado a San Agustín unos años antes, el rey fue consciente del pecado que cometía estando con su madrastra, de modo tal que optó por abandonar su matrimonio ilegal.

En cuanto al manejo de la fe, un paso adelante respecto a su padre constituyó la condena al culto idolátrico, lo cual demuestra la conciencia que

tuvo el rey sobre el hecho de que el Cristianismo era un factor que, más allá de contribuir a la legislación del reino, debía orientar a éste a la unidad religiosa bajo un solo culto a un solo Dios. De esto se encargaría también su hijo Earcemberto (640- †664), quien sería el primer rey de los anglos en ordenar que se abandonaran y destruyeran los ídolos y se observara el ayuno de la Cuaresma,[61] demostrando así un manejo ejemplar de la fe cristiana a favor de una definitiva consolidación de la palabra de Dios en Kent.

4.2. Reino de Northumbria

Una de las características que nos permitirán comprender el relato de Beda respecto a la conversión del rey Edwin (586- †633), es la inseguridad de éste al momento de aceptar la fe, lo cual requirió al menos cinco capítulos de su obra. Al igual que el caso anterior, el rey no opuso resistencia a la predicación de Paulino (†644), quien había sido enviado con su esposa Tata, cristiana, con el fin de sostenerla en la fe de Cristo. Sin embargo, al contrario de lo que ocurrió en Kent, la tradición pagana tuvo un peso fundamental en la decisión del rey: *y además no se negó a asumir él mismo la misma religión, con tal de que, examinada por sus hombres sabios, se la encontrara más santa y más digna de Dios.*[62] En esta cita es posible advertir una primera condición que Edwin puso a Paulino, y que hacía referencia a la necesidad de un buen consejo antes de aceptar la fe. Esto inmediatamente debió suponer un límite hacia el poder espiritual, en la medida que la tradición seguía imperando por sobre la palabra de Dios, ya que la primera generaba confianza y la segunda más bien ocasionaba inseguridad. Consciente de esto, Beda procedió a reconocer la dificultad que se presentó a Paulino: *aunque él se esforzó durante mucho tiempo en su predicación, el dios de este mundo cegó las mentes de los infieles, a fin de que no resplandeciera para ellos la luz del glorioso evangelio de Cristo.*[63]

Vemos nuevamente un proceso paulatino inserto en una serie de contratiempos y promesas incumplidas que vinieron a poner retraso a la labor de Paulino, y por ende, al progreso de Cristianismo en Inglaterra, lo cual Beda en ningún caso se esforzó por desmentir. Es más, luego de que el misionero hubiese asegurado al rey que sus rezos habían sido los que habían permitido a su esposa dar a luz a su hija,[64] aquel puso una segunda condición:

El rey prometió que, renunciando a los ídolos, serviría a Cristo si le hacía gracia de la vida y de la victoria en su lucha contra el rey que había sido enviado al homicida que lo había herido, y como prenda del cumplimiento de su promesa, ofreció al obispo su propia hija para que la consagrara a Cristo.[65]

El poder obtenido a través de la venganza sobre el enemigo constituyó, junto a la petición del consejo de sus consejeros paganos, dos factores que Edwin consideraba esenciales para convertirse, y frente a las cuales el misionero nada podía hacer.

Tras vencer a los conspiradores, el rey nuevamente se negó a aceptar la fe, sin embargo prometió que se haría instruir por Paulino y que consultaría a sus sabios acerca de lo que pensaban al respecto. En esto Beda decidió insertar dos cartas de amonestación dirigidas por el Pontífice Bonifacio V (619-625) al rey para que se convirtiera, y a su esposa para que se ocupara con diligencia de la situación de Edwin.[66] Como nada ocurría a favor del progreso de la Iglesia, y siendo que ello no solo era responsabilidad del rey sino también del misionero, Beda utilizó nuevamente el recurso de lo divino en relación a ambos poderes:

El caso es que Paulino, como veía que difícilmente se podría inclinar la altivez del espíritu del rey a la humildad del camino de la salvación y a aceptar el

misterio de la cruz vivificadora, y mientras que, por su salvación y al tiempo por la del pueblo a cuya cabeza estaba, actuaba ante los hombres con la palabra de su predicación y ante la divina piedad con la palabra de su oración, al fin, según parece verosímil, conoció un espíritu cuál y cómo era un oráculo que tiempo atrás se la había mostrado al rey por obra del Cielo. Y desde entonces no dejó pasar el tiempo sin amonestar continuamente al rey para que cumpliera la promesa que había hecho en la profecía que se le había mostrado...[67]

El historiador no relató cómo fue el oráculo que observó Paulino, pero sí contó la profecía que se presentó a Edwin, quien encontrándose exiliado bajo la protección del rey Redwaldo de East Anglia (600-+624), había sido advertido por un amigo sobre la decisión que el anfitrión había tomado respecto a entregarlo a su enemigo, Etelfrido.[68] Mientras el rey de Northumbria estaba sentado en el jardín del palacio sin saber qué hacer, se le apareció un Espíritu que le dijo lo siguiente:

Dime que estás dispuesto a darle, si hay alguno que pueda liberarte de tus penas persuadir a Redwaldo de que no te haga mal alguno ni te entregue a tus enemigos para que acaben contigo (...) Y si además te promete con verdad que serás rey, exterminados tus enemigos, de manera que superes en poder no sólo a todos tus antepasados, sino también a todos cuantos han sido reyes en el pueblo de los anglos? (...) y si te dijera predijera de manera veraz que te van de venir tales y tan grandes dones fuera capaz de darte también para tu salvación y tu vida un consejo mejor y más útil que el que ninguno de tus parientes o allegados oyó nunca ¿acaso estás dispuesto a obedecerlo y a aceptar sus saludables advertencias?[69]

Enseguida Edwin prometió al Espíritu que, una vez captada la señal que éste le enviase, procedería a bautizarse. Minutos después el rey recibió la noticia de que no sería entregado por su amigo, y es más, éste lo ayudó a alcanzar el poder en su reino. Vale la pena destacar que el Espíritu haya prometido al rey aquellas dos cosas que él mismo en un principio había puesto como condición a Paulino, el poder sobre el enemigo y la necesidad de un buen consejo, y a las cuales Beda incluyó una que superaba a las demás, la salvación. No sería erróneo suponer que, todo aquello que Edwin quería lograr en su vida fue considerado por Beda como algo que podía ofrecérselo Dios, sin embargo, y a pesar de que días después el rey haya recibido la señal del Espíritu, lo que finalmente definió su decisión de aceptar el bautismo no fue el milagro, sino el consejo de los sabios paganos:

Tú verás, oh rey, cómo es eso que ahora se nos predica; pero yo te confieso con toda sinceridad lo que he llegado a tener por cierto: que ningún valor y ninguna utilidad tiene la religión que hemos mantenido hasta ahora (...) son muchos los que reciben de ti mayores beneficios y mayores honores que yo y tienen mayor prosperidad en cuantas empresas y negocios deciden hacer.[70]

No obstante, lo que podría haber sido una prueba fundamental de lo que, según Plummer, fue un materialismo bruto que explicaría la apostasía,[71] en la medida que Cofín se fijó únicamente en las utilidades y beneficios de la fe, carecería de sentido en el relato de Beda, puesto que éste sustituyó de inmediato la ignorancia de los paganos por la palabra de Paulino. Una vez que el rey pidió al misionero que les hablara de Dios, el mismo sabio que en un momento se había mostrado ignorante, de pronto fue consciente de la predicación del misionero, de acuerdo a lo cual el gobernante *dio públicamente su*

asentimiento a la predicación de Paulino y, renunciando a su idolatría, declaró que aceptaba la fe de Cristo.[72]

Visto así, lo que podría concebirse como un error de Edwin al momento de decidir escuchar la palabra de un pagano antes que la de Dios, fue revocado por el mismo rey, quien dio la última palabra a su misionero. Asimismo, los contratiempos eran consecuencia, más bien de la desconfianza e inexperiencia que aquel tenía hacia la fe católica, que de un pecado propiamente tal. Por lo demás, tras el bautismo del pueblo, ambos poderes regresaron a sus roles respectivos dirigidos a la evangelización de los reinos colindantes, como fue el caso de Deira y Bernicia.[73]

Sin embargo, los imprevistos aún no habían terminado para Northumbria. Tras la muerte de Edwin y sus hijos, únicamente quedaron para sucederle Eanfrido de Bernicia, hijo de Etelfrido (633-†634), y Osrico de Deira (633-†634), quienes una vez asumido el control renunciaron a la fe que habían recibido durante su exilio: *uno y otro rey, una vez que alcanzaron las ínfulas del reino terrenal, maldijeron de los sacramentos del reino celestial en los que habían sido iniciados y se volvieron a la antigua inmundicia de la idolatría para mancillarse y perderse.*[74]

Este episodio estaría aludiendo a una elección humana que se desvió por completo del camino hacia la Salvación, de acuerdo a lo cual no existió siquiera la posibilidad de enmendar el error cometido. Ello adquirió sentido frente a lo que Beda consideró que fue una causa justa, en lo referente a sus respectivos aniquilamientos. Sin duda, la apostasía era una de aquellas maldades a las cuales el autor se había referido en su prefacio y que valía la pena recordar, en la medida que el año en que ambos reyes fueron asesinados venía siendo conmemorado por todos los hombres buenos como una etapa infausta en la cual había predominado el despojo de los sacramentos de la fe y la tiranía.[75]

La ratificación de la fe en Northumbria quedó a cargo de Oswaldo de Bernicia (604-642), quien había sido convertido durante el exilio por los escotos, y cuyo manejo de la fe junto al obispo Aidan fue un sello fundamental para el Cristianismo en Inglaterra: *mientras predicaba el obispo, que no conocía perfectamente la lengua de los anglos, el propio rey actuaba como intérprete de la palabra celestial para sus principales y servidores.*[76]

Esta iniciativa otorgó a Oswaldo un lugar fundamental en la obra de Beda, pasando a ser, junto a Agustín de Canterbury, lo que algunos historiadores han considerado que fueron los héroes de la Historia Eclesiástica.[77] Sin embargo, como se ha podido ver, lejos de idealizar a sus personajes, Beda dio a conocer cómo sus elecciones eran reflejo de sus debilidades, ambiciones e inseguridades, las cuales se evidenciaron incluso al momento de conocer la fe.[78]

5. Conclusión

Muchos son los problemas metodológicos que ha ocasionado la *Historia Eclesiástica*, porque mucho es el interés por conocer qué, cómo y cuándo realmente ocurrieron los sucesos relativos a la Historia Inglesa Medieval. Asimismo, la utilización que podríamos llamar “forzada” de la fuente, que es lo Patrick Wormald hizo notar hace unos años atrás, ha tendido a que, de una u otra manera, la obra termine valorándose por aquello que su autor quiso o no quiso decir. Frente a esta adversidad, hemos propuesto revisar nuevamente los calificativos que han sido dirigidos hacia la obra para enfrentarlos con aquello que Beda señaló en lo referente al valor de su *Historia* para su contemporaneidad.

Para ello recurrimos al prefacio de la obra, porque es allí donde fue posible corroborar que no estamos solo frente a un relato de sucesos

eclesiásticos, sino también frente a un testimonio que fue escrito con el fin de instruir a la posteridad, de acuerdo a lo cual el contenido estuvo orientado a dar a conocer, no solo las buenas, sino también las malas acciones de los seres humanos, ¿qué más debía indicar su autor para que las generaciones futuras no lo calificaran como idealista e irreflexivo? Baste con que Beda haya tenido presente a sus contemporáneos a través del discurso moral y metodológico para comprobar que sí tuvo conciencia histórica.

Si partimos de la base que durante la Edad Media existió realmente un interés por transmitir conocimiento por parte de aquellos que, entre varias otras cosas, escribían historia, también podría sugerirse que existió conciencia no solo respecto a qué enseñar, sino también a cómo hacerlo. De acuerdo a ello, el pensamiento agustiniano constituyó un aporte esencial en la medida que, desde un punto de vista más bien espiritual, comprometió por primera vez al Cristianismo con la Historia Universal.

La manera a través de la cual esto se logró transmitir al quehacer histórico medieval, fue a través de Paulo Orosio, quien trasladó la propuesta de Agustín al ámbito del quehacer histórico propiamente tal. De acuerdo a ello, el plan divino fue acaparado por los historiadores, quienes, como Beda, consideraron esencial dejarlo por escrito.

Una vez que nos dirigimos a los fragmentos relacionados con los sucesos ocurridos antes, durante y después de la apostasía de los reinos de Kent y Northumbria, logramos evidenciar un relato de carácter providencial, del cual se desprendieron características historiográficas, tales como la correlación de poderes entre los reyes anglosajones y los misioneros, y el recurso de lo divino. Sin duda lo más importante ha sido reconocer en el discurso de Beda un fiel seguimiento, tanto de lo que Orosio había propuesto respecto al progreso de la historia en compañía de la Iglesia, como del énfasis que puso San Agustín

porque se reconociera que los errores del hombre eran resultados de su propia voluntad, la cual por lo demás era un don divino.

Ciñéndose a lo anterior, y lejos de construir un relato sobre seres humanos perfectos, Beda tuvo presente que para enseñar en su presente debía abarcar a sus antepasados considerando tanto sus virtudes como sus defectos, sin embargo no se debe olvidar que el autor estaba comprometido no solo con sus contemporáneos, sino también con sus creencias. De acuerdo a ello, se entiende que el objetivo temático de la historia estuviese determinado por la fe, y si bien el camino estaba obstruido por reveses, lo esencial era que la buena voluntad pudiese superarlos.

Por lo demás, el cuidado que tuvo Beda por la fe cristiana se vio reflejado fielmente en el comportamiento de los reyes anglosajones, en la medida que Etelberto, Eabaldo, Edwin y Oswaldo fueron conscientes de que, una vez oída la palabra de Dios, solo habían dos caminos a seguir, y la elección de cada uno de ellos dependía únicamente de su voluntad y no de la coacción, así como también el progreso debía depender de un trabajo en conjunto con el poder espiritual. Así, la labor de Agustín, Aidan, Lorenzo y Paulino tampoco se sostuvo en el triunfo inmediato, sino que, al igual que los reyes, los dos últimos se vieron insertos en la desesperación e inseguridad respecto a su misión, lo cual vino a ser representado como una situación crítica que exigía de la intervención de Dios a través del oráculo y la *incubatio*.

Visto así, el relato providencial, como lo hemos dado a entender, ha permitido devolver a la obra su inmunidad e incluso sumarle el mérito de ser un testimonio que exigió ser leído como una obra histórica propiamente tal.

* Bettine Baader Bade es Licenciada en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y Magíster con mención Arte y Cultura de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

[1] Contamos con la primera edición castellana oficial (Traducida y comentada por José Luis Moralejo, Ediciones Akal, Madrid, 2013). Los fragmentos que se utilizan del libro I (cap.25, 26 y 32) corresponden a la llegada de San Agustín a Thanet y a la conversión del rey Etelberto de Kent; del libro II se han escogido los capítulos 5 y 6, que abarcan el relato sobre la apostasía de los sucesores del rey de Kent y la posterior conversión de su hijo Ebaldo; y también los capítulos 9 y 14, los cuales comprenden los sucesos relacionados con el rey Edwin de Northumbria. Del libro III los capítulos 1, 2 y 3 relatan cómo tras la muerte de su rey, el pueblo northumbriano abandonó la fe de Cristo, y de qué modo ésta fue restaurada gracias a Oswaldo. Por último, el capítulo 8, está sujeto al regreso definitivo de la fe en Kent. En adelante, la obra será abreviada como HE.

[2] Desde la llegada de San Agustín a la isla de Thanet hasta la ratificación de la fe por Eorcemberto.

[3] En el presente trabajo no se busca refutar el contenido temático de otros autores, sino el prejuicio que ha surgido a partir de sus problemas metodológicos.

[4] Wood, Ian, "Christianisation and the dissemination of Christian teaching", *Cambridge Medieval History*, Vol. 500-700, Nueva York, 2008, pp.710-734. El autor señala que Etelberto pudo haber sido influenciado directamente por su mujer Berta, quien era cristiana. De acuerdo a ello, el mismo rey pudo haber sido quien solicitara la ayuda de Gregorio para convertir a su reino.

Contrario a Beda, también concibe la posibilidad de que Etelberto hubiese sido bautizado incluso antes de la llegada de San Agustín. Cf. Wood, *Op.cit.*, p.715

[5] Kirby, David, *The earliest english kings: studies of the anglo-saxon heptarchy 575-875*, Routledge, Londres, 2000, p.11

[6] Wormald, Patrick, *The times of Bede, studies in the Early English Christian society and its historian*, Blackwell publishing, Oxford, 2006. El autor se refiere también a las muchas veces que se ha forzado la *HE* con el fin de conocer sucesos históricos y explicaciones causales que el autor no trabajó. Pág. 7

[7] Thaker, Alan, "England in the VII century", *Cambridge Medieval History*, Vol. 500-700, Nueva York, 2008, pp. 462 – 495. El autor considera como un problema fundamental que Beda sea la única fuente para comprender la historia del siglo VII, puesto que el escogió de qué hablar y qué omitir. Asimismo, si bien su historia está inmersa en un contexto político, no desarrolla una historia política, en la medida que su preocupación por la iglesia le otorga a su historia un carácter identitario con la religión cristiana.

[8] Wormald, *Op.cit.*, p.7

[9] *Ibíd.*, p.62 y p. 14. Walter Goffart refuta esta idea suponiendo que el objetivo inicial de Beda consistió en disminuir el crédito que había sido otorgado a Wilfrido en un ensayo hagiográfico de la época, que había tendido a menospreciar la labor misional de los antepasados. Esto permitiría argumentar a favor de Beda como un escritor que no estuvo ajeno a lo que ocurría en su época. Cf. Goffart, Walter, *The Narrators of barbarian history 550-800*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1988, pp. 235-328

[10] Kirby, David, "Northumbria in time of Wilfrid", pp. 2-4: en GOFFART, *Op.cit.*, p. 237

[11] Beda, *Historia Eclesiástica (HE)*, José Luis Moralejo (Ed), Ediciones Akal, Madrid, 2013, p.43

[12]Hardin, George, *A Companion to Bede*, the Boydell Press, Nueva Jersey, 2009, p.104

[13]Ibídem

[14]HE, p.43

[15]HE, p.45

[16]Orcástegui, Carmen y Sarasa, Esteban, *La Historia en la Edad Media*, Cátedra, Madrid, 1991, p.16

[17]Darby, Peter, *Bede and the End of Time*, Studies in Early Medieval Britain, Ashgate Publishing Company, Surrey, 2012, p.5. El autor señala que en su época Beda era más conocido por sus comentarios científicos y bíblicos, que por su labor histórica. Era reconocido por su experticia en los cálculos –cálculo del tiempo y la construcción del calendario.

[18]*Vera lex historiae est, simpliciter ea quae fama vulgante collegimus ad instructionem posteritatis literis mandare studuimus: Baedae, Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum, Opera Historica, 8, en; Bede's Historical Works*, Cambridge, Harvard University Press, 1962

[19]Ray, Roger, "Bede's vera lex historiae", *Speculum* 55, 1980, pp.1–21, en: Mauskopf, Deborah, (Ed), *Historiography in the middle ages*, Brill, Londres, 2003, p. 4. La autora señala que la *vera lex* constituye, junto a las *Etimologías* de Isidoro, una prueba fundamental del quehacer histórico medieval.

[20]HE, p.45

[21]Orcástegui, *Op.cit.*, p.44

[22]Hanning, Robert, *The Vision of History in early Britain, from Gildas to Geoffrey of Monmouth*, Columbia University Press, Nueva York, 1966, pp.63-90

[23] En el concilio de Whitby del año 664 la Iglesia de Inglaterra definió su suerte con Roma, lo cual vendría a corresponder con el inicio de su edad de oro, que alcanzaría su punto culmine con los aportes culturales de Benito de Biscop. Cf. Hanning, *Op.cit.*, .p.66

[24] Baste con decir que Beda no solo copió textos patrísticos y realizó exégesis bíblicas, sino también, como él mismo reconoce al final de su *HE*, escribió poemas, hagiografías y una historia natural .Cf. el repertorio bibliográfico que Beda expone al final de su relato. *HE*, 298-300. Por lo demás, sus estudios sobre los cálculos del calendario (*De Temporum Ratione*) le otorgaron el mérito de ser uno de los pocos autores medievales, antes de Gerberto (945- †1003), que obtuvo reconocimiento por su conocimiento de lógica y metafísica. Cf. Lindberg, David, *Los inicios de la Ciencia Occidental: la tradición científica europea en el contexto filosófico, religioso e institucional, desde el 600 a. C hasta 1450*, Paidós, 2002, Barcelona, p.237

[25]Orcástegui, *Op.cit.*, p.9 y ss.

[26]Eicher, Peter, *Diccionario de Conceptos teológicos*, Herder, Barcelona, 1989, p.301 y ss.

[27]De Andres, Rafael, *Diccionario existencial cristiano*, Verbo Divino, Estella, 2004, p.386

[28]San Agustín, *La Ciudad de Dios*, Ed. trad. José Cayetano Beyral, Introducción / Giovanni Papini

Buenos Aires, Poblet, 1945, p. 26. El introductor sostiene que, más allá de ir contra los gentiles, Agustín propuso una gran primera visión de la historia universal, con lo cual abrió perspectivas inéditas a las generaciones posteriores.

[29]Ibídem

[30]San Agustín, *Ciudad de Dios*, XIV, BAC, trad. Francisco Montes de Oca, Porrúa, Ciudad de México, 1966, p.377

[31]Bravo Lira, Bernardino, *Grandes visiones de la historia: de De Civitate Dei a Study of History*, Universitaria, Santiago, 2010, p.26

[32]Marrou, Henri, "Saint Augustin, Orose et l'augustinisme historique", *Settimane di Studi del Centro Italiano di Studi Sull'Alto Medioevo XVII*.

La Storiografia altomedievale, 10-16, t.I, Spoleto, Abril 1970, pp. 59-87, p. 64. Cf. Orcástegui, *Op.cit.*, p. 37

[33] Otro modelo igualmente esencial en la obra de Beda fue la *Historia Ecclesiástica* de Eusebio de Cesaría. Cf. Higham, N.J., (Re-) *Reading Bede, The ecclesiastical history in context*, Routledge, Londres, 2006, p.74; Hardin, *Op.cit.*, p.102

[34] Marrou, *Op.cit.*, p. 65 y ss., Merrillis, A.H, *History and Geography in Late Antiquity*, Cambridge, Nueva York, University Press, 2005, p. 39. Momigliano, Arnaldo, *Ensayos de Historiografía antigua y moderna*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1993, p. 101. Momigliano habla más bien de un sumario de la Historia de Roma.

[35] Bravo Lira, *Op.cit.*, p. 26; Cf. Marrou, *Op.cit.*, p.65

[36] Merrillis, *Op.cit.*, p.39 y ss

[37] Marrou, *Op.cit.*, p.84 y ss

[38] Paulo Orosio, *Historiae Adversus Pagano*, VI.22.7-8, traducido en, Merrillis, *Op.cit.*, p.58

[39] Marrou señala que Orosio es ejemplo de un providencialismo ingenuo a través del cual cree conocer los secretos de Dios, siendo así menos respetuoso que Agustín con el misterio de la historia. Hardin considera que para Orosio la providencia opera de un modo visible en el mundo romano, lo cual tiene que ver más con el pensamiento de Eusebio que con el de San Agustín, *op.cit*, p.79. Cf. Hanning, *Op.cit.*, p.67; Orcástegui, *Op.cit.*, p.64

[40] Orcástegui, *Op.cit.*, p.29

[41] "Del griego *apo-istamai*, indica de suyo una deserción de la propia misión o una renuncia al propio estado. La apostasía de la fe consiste en la renuncia a la fe cristiana después de haber recibido el bautismo", *Diccionario Teológico Enciclopédico*, Pamplona, Verbo Divino, 1995, p.74

[42] Hardin, *Op.cit.*, p.106

[43]Orcástegui, *Op.cit.*, p.105

[44] Últimos dos libros concentran la mayoría de los milagros (28 de 51). San Agustín y Oswaldo son dos de los personajes a los cuales Beda otorga mayor cantidad de hechos milagrosos. Cf. Hardin, *Op.cit.*, p.113

[45] Primeros 3 libros. *Ibídem*

[46]*HE*, p.78

[47]*Ibídem*

[48]Según Beda, antes de la llegada de San Agustín Etelberto estaba casado con Berta, hija del rey merovingio Cariberto, y quien había sido bautizada antes de haber llegado a Kent. Si bien algunos autores, como José Orlandis, suponen que ello debió influir en la adopción de la fe, y otros, como Ian Wood piensan incluso que Etelberto se convirtió antes de la llegada del misionero, Beda no señala nada al respecto, es más, se esmera en señalar que para el rey, el mensaje de Agustín era algo nuevo, desatendiendo lo que perfectamente pudo ser, una influencia directa por parte de su esposa. Ello, sin embargo es comprensible cuando el rol de San Agustín es el que Beda busca destacar por sobre cualquier otro factor que pudo haber incidido en su bautismo. Cf. Orlandis, José, *La Conversión de Europa al Cristianismo*, Rialp, Madrid, 1988, p.136; Wood, *Op.cit.*,p.715

[49]*HE*, p.79

[50]*HE*, p.110

[51]*HE*,p.79

[52]*Ibídem*

[53]*HE*, p.111

[54]*HE*, p.82

[55]*Ibídem*, Lv: 18, 7;20, 11

[56]*HE*,p.112

[57]Vauchez, André, (ed), *Encyclopedia of the Middle Ages*, Fitzroy Dearborn Publishers, Chicago, 2000, p. 959

[58]Moralejo, José Luis, *Introducción a la HE, Op.cit.*, p.112

[59]Hardin, *Op.cit.*, p.113

[60] *HE*, p.112

[61]*HE*, p.150

[62]*HE*, p.116

[63]Ibídem

[64]*HE*, p.117

[65]Ibídem. Hace referencia a Eomer, enviado del rey Etelfrido de Deira y Bernicia (†616).

[66]*HE*, pp.117-121

[67]Ibíd.,p.121

[68]Ibíd., p.122

[69] Ibíd., p.122 y ss.

[70]Ibíd.,p.124

[71]Ibídem. Véase nota nr.118

[72] Ibíd., p.125

[73]Ibíd., p.127

[74]Ibíd., p.139

[75]Ibídem

[76]*HE*, p.142

[77]Hanning, *Op.cit.*, p.61

[78]Hardin, *Op.cit.*, p.116

Para citar este artículo:

Baader Bade, Bettine, "Los Reveses del Cristianismo Anglosajón a través del Relato Providencial. Aproximación a la Historia Eclesiástica de Beda el Venerable (597-640)", *Revista Historias del Orbis Terrarum, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas*, ISSN 0718-7246, vol. 7, Santiago, 2014, pp.102-135